

# Lecturas

## Belleza y Tiempo

### El niño perdido, la maravillosa lección literaria de Thomas Wolfe



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Thomas Wolfe pasó por la historia de la literatura como Paul Morphy pasó por la historia del ajedrez o como Jackson Pollock pasó por la historia de la pintura. Fue un meteorito cuya huella, fugaz pero intensísima, hizo que las cosas cambiaran para siempre. Es privilegio del genio lograr semejante alteración del orden establecido. Su nombre no puede pronunciarse en vano.

Nacido en 1900 y muerto con apenas 37 años, en su breve vida Wolfe tuvo ocasión de dejar su sello indeleble como uno de los creadores más augustos de las letras norteamericanas. Su influjo sobre mentalidades tan dispares y poderosas como Faulkner o el movimiento beat nunca será suficientemente ponderado. Autor, con apenas treinta años, de una obra prodigiosa, la impactante *El ángel que nos mira*, una novela-río que narra la aventura espiritual de la familia Gant, Wolfe fue un poeta que utilizó la prosa para convocar, con estímulo y genio, a dos de los grandes principios que rigen el mundo: la Belleza y el Tiempo.

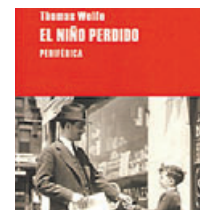
El empleo de la mayúscula no es fruto de un capricho. En Wolfe, Belleza y Tiempo se escriben siempre así, como universales de la conciencia y de la experiencia, como el anhelo de lo que el mundo debería ser (un lugar para la Belleza) y como la evidencia de lo que en realidad es (un lugar donde el Tiempo impera y destruye y corroe y mutila). Toda su obra se alimenta de esta dialéctica por necesidad cruel entre la fragilidad de nuestra vida y nuestra inmersión fatídica e inexorable en el cómputo de las edades. De la unión de esta batalla entre la literatura como exhumación de lo Bello y la literatura como constatación de lo Temporal nace una de las más profundas prosas del siglo, una escritura de una dia-

fanidad y una exuberancia singulares, que acerca a Wolfe a la estatura del gran narrador norteamericano del siglo anterior, el inigualable Melville, y prepara el camino para la década prodigiosa que, entre 1930 y 1940, hará de Faulkner el mayor escritor de su época.

El talento de Wolfe se encapsula vertiginosamente en este relato disfrazado de nouvelle que es *El niño perdido*, una evocación dolorosa y emocionante de Grover Wolfe, el hermano muerto en 1904, cuando el narrador tenía 4 años de edad y su familia se había mudado a la ciudad de Saint Louis con ocasión de la Exposición Universal. Dividida en cuatro partes, que convocan las voces y puntos de vista del hermano muerto, de la madre doliente, de una de las hermanas de la familia Wolfe y del propio escritor, *El niño perdido* es una lección maravillosa para todos nosotros, esforzados aprendices, acerca de cómo el material autobiográfico puede convertirse en espejo de lo común. Su conmovedora fuerza radica en su sinceridad y en su tristeza, una sinceridad y una tristeza ante la Belleza fugitiva y el Tiempo inclemente que alimentaron, sin miedo ni esperanza, una de las propuestas literarias más significativas del pasado siglo.



Thomas Wolfe.



#### El niño perdido

Thomas Wolfe  
Periférica, Cáceres, 2011  
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas  
96 páginas

máximo sin hacerlo explotar. Todo sucede por cuenta de unas estampillas que el tendero cree robadas cuando, en realidad, no lo son.

En la segunda parte es la voz de su madre la que se alza para recordar al chico muerto; en la tercera es su hermana; y en la cuarta es el propio autor quien se decide, muchos años después, a volver a la casa en la que vivió la familia durante unos meses y en la que murió su hermano mayor. Pura, exacta y emotiva, esta novela-homenaje se yergue sobre un hecho real para robustecerlo y hacerlo imperecedero con su prosa recia y sensible.

«Y así, al haber encontrado todo, supe que lo había perdido», dice el autor tras volver a la casa y permitirle la dueña pasar y ver la habitación en que dormía su hermano. «Y supe que yo no volvería nunca más, y que la magia perdida no volvería nunca. Y que la luz que caía, que pasaba y se iba y regresaba de nuevo, la memoria de las voces perdidas en la montaña, las sombras de las nubes pasando sobre el campo, las remotas voces de nuestros parientes, la calle, el calor, la avenida King y la canción "Tom, Tom, the Piper's Son", el vasto y borroso murmullo de la feria, "oh, extraño y amargo milagro del tiempo", no volverán otra vez».

sexito... y la chica aparece muerta al cabo de unas horas mientras el mozo trata de espantar la mona sobre la mesa de la cocina. ¿Fue él el asesino? La duda se mantendrá durante los cinco episodios y no seré yo el «spoiler» (el chivato de argumentos, el «arruinargumentos») que la desvele. Se mantendrá mientras lo detienen, juzgan, entra en prisión... Nada espectacular, por lo que ustedes ven, máxime cuando el chico tiene todo el aspecto y toda la conducta del buen chaval que parece. Pero el intrínquis

del asunto, lo que hace buena, buena a *Criminal justice* no es la trama (previsible) ni es el mundo carcelario (previsible también). Es el salto que el protagonista (ese Ben Whishaw tan de moda hoy, precisamente por *The hour*) se ve obligado a dar desde un mundo apacible de clase curruante a otra realidad paralela: la de los abogados, la de la llamada justicia. Es, al pie de la letra, otro mundo, un mundo donde la verdad importa un pimiento, donde lo único importante es que la historia que cuentas a los jueces sea verosímil, creíble y adornada de las virtudes civiles del encausado. Los letrados que rodean al chaval (letrados de los que se va desprendiendo) buscan que cuadren los hechos de forma tragable para que el veredicto sea de inocencia: ¿a quién importa la verdad? «No importa la verdad sino que te crean tu historia», le dice el pintoresco y algo cínico (y grandísimo actor: oigan su voz, vean la serie en versión original) Con O'Neill. Si ni el mismo chico sabe si es o no un homicida, como para buscar verdades. Historias: he ahí lo que cuenta. Y no faltan el muy villano, vengativo y pertinaz policía (una especie del Javert de *Los miserables*), contradictorio y de fríos ojos, ni el compañero de celda bueno (digámoslo así). Todos con sus historias, la verdad no importa.



#### Criminal justice

(Presunto culpable)  
1.ª temporada  
Serie TV de la BBC  
5 episodios  
Reino Unido (2008)  
España (2011)

Los letrados que rodean al chaval buscan que cuadren los hechos de forma tragable para que el veredicto sea de inocencia

## el mundo

neoyorquina con el deseo de reconocer cuarenta años de olvidos continuados que el historiador achaca, entre otras cosas, a la ausencia de buenas traducciones de los archivos de Nueva Amsterdam (escritos en holandés antiguo, un idioma que, al parecer, dista bastante de parecerse al holandés actual). Además, dice Shorto, los historiadores anglosajones han despachado tradicionalmente las cuatro décadas neerlandesas con prejuicios poco o nada fundamentados. Contra esto Shorto exhibe una herencia que se nota en la los topónimos (Bronx, Brooklyn, Yonkers...), en la semántica («boss» es un «holandésismo») y hasta en la organización del sistema judicial (los «schouts» neerlandeses, dice Shorto, son los fiscales de distrito de hoy). «... El asentamiento original contribuyó, y todavía perdura, imbricado en la esencia de la isla y de la nación» (p. 431). O sea, fueron cuarenta años dentro de una historia de cuatro siglos, pero aquel manto sigue dando calor a los habitantes de la capital del mundo.

Los holandeses, escribe Shorto, sembraron liberalidad: Nueva Amsterdam era una ciudad que huía de la pesadez de los puritanos, que aceptaba colonos de todos los países... Calvinistas oficialmente, pero desprendidos en el fondo. Cuando hay que criticar genocidios indios, sin embargo, Shorto pasa de largo; cuando hay que hablar de matanzas de ingleses por parte de los holandeses no puede evi-

tar justificarlas: «A lo largo del siglo las compañías mercantiles holandesas, sus directores y los soldados actuaron de modo tan sanguinario e inexorable como sus homólogos ingleses, españoles o portugueses» (p. 178). Y da fe de ello recordando a continuación al duque de Alba, gobernador de los Países Bajos españoles, que «emprendió una campaña inquisitorial de tortura y asesinato».



#### Manhattan. La historia secreta de Nueva York

Russell Shorto  
Barcelona, Duomo Ediciones, 2011

**Manhattan. La historia secreta de Nueva York** es el relato de cuatro décadas escondidas y es también el descubrimiento de un tiempo pionero con nombres y apellidos: para Shorto la presencia holandesa en el mismo escenario que ahora ocupa la ciudad de Nueva York supone algo así como una epifanía divina siempre negada. Nueva Amsterdam para el historiador fue una tierra poblada sólo por indios que fue ocupada por un millar de empleados holandeses que sumergieron los cimientos de una ciudad y de un puerto que, andando el tiempo, estaban llamados a cambiar la historia de Occidente. Sin holandeses nada hubiera sido igual, concluye Shorto sin remilgos.

## Los muertos



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Thomas Wolfe (1900-1938) no llegó a cumplir los 38 años, pero consiguió la admiración de contemporáneos como William Faulkner —«hay dos grandes escritores en mi generación, el primero es Thomas Wolfe, el otro soy yo», vino a decir alguna vez— o Sinclair Lewis. Después, muchos le han rendido tributo, entre ellos el primer Jack Kerouac o Philip Roth, y su minimalismo preciosista puede rastrearse como clara influencia en la obra de Gordon Lish, el famoso editor de Raymond Carver. *El niño perdido*, publicada en 1937, poco antes de la muerte de Wolfe, es un canto rapsódico a la muerte de su hermano mayor, Grover Wolfe, fallecido de tifus a los 12 años de edad, justo en 1904, cuando Thomas tenía 4 años y en Saint Louis se celebraba la Exposición Universal. La familia se había trasladado hasta allí desde Asheville, el padre trabajaba como picapedrero y su casa funcionaba como un pequeño alojamiento para vecinos desplazados desde la ciudad natal.

Todos somos sombras de paso, y sobre todos, sobre los vivos y los muertos, cae fría la nieve como en el relato de James Joyce lo hacía sobre la tumba de Michael Furey. Contada a cuatro voces, en la primera parte de *El niño perdido* el narrador nos presenta al joven Grover, que trabaja ocasionalmente en algunas de las barracas de la Exposición. Emociona de esta parte el alercado de Grover con el tendero Crocker, solventado por el padre del muchacho con un deje algo irlandés y maneras propias del Western. Admira la capacidad del autor para tensar el relato al